

Dar la voz a Faulkner

Miguel Martínez-Lage

Girona, 7 de julio de 2010

En la tierra no existe un solo condado de Yoknapatawpha, pero hasta la fecha no hay más que un William Faulkner. Además de la temática específica del Sur, Faulkner ha explorado la conducta instintiva, emocional y mental del ser humano como sólo otro William, Shakespeare, había hecho antes que él. Su preocupación continua por la problemática de la percepción, del lenguaje y del tiempo (modos de captar, aprehender y ordenar la experiencia)) es lo que hace de él algo más (o mucho más) que un novelista o un cronista regional. Faulkner trasciende el terruño sin necesidad de salir del mundo creado, de su territorio del tamaño de un sello de correos, de la topografía que delinea y del segmento de la historia de Estados Unidos que acota, relata y recrea, y disculpen mis enumeraciones amplificativas, pero son muy del estilo de Faulkner, cuya huella está presente por toda la narrativa posterior, unas veces visible y otras no tanto. Pendiente con particular brillantez, pero sin buscar su brillo personal, de las particularidades del tiempo y del espacio, su interés por todo lo que es permanente e inmutable en la naturaleza humana es manifiesto en cada una de sus páginas.

Él mismo decía en *Mosquitos*, su primera y fallida novela, que «la vida es igual en todas partes, ya se sabe. Las formas de vivir pueden ser distintas... pero las atávicas compulsiones del hombre, sus deberes e inclinaciones, el eje y la circunferencia de la rueda a la que da vueltas en su jaula, ésas no cambian. Los detalles son lo de menos, los detalles sólo nos entretienen».

Esta visión del hombre y de la mujer que engarza lo particular, lo tangible, con lo universal, y lo temporal con lo eterno, subyace al examen que hace Faulkner de la percepción, de la realidad y de la verdad, del conflicto, de la ambición, de la añoranza, de la mezquindad, de la pequeñez y la grandeza del ser humano. Todos tenemos coordenadas fijas en el espacio y en el tiempo, a través de las cuales compartimos la historia de un pueblo y la

geografía de una tierra. La propia historia es un registro de acontecimientos y de cambios en la vida del individuo y de la sociedad y de la tierra misma que va dejando de ser salvaje a medida que el algodón y el tabaco ocupan las tierras dedicadas antes al maíz, a medida que las cicatrices de la guerra de Secesión van suturándose. Pero por debajo de todos los cambios la tierra conserva su identidad y mantiene sus ritmos a través del ciclo estacional de la vida y la muerte, del crecimiento y del deterioro. Del mismo modo, la naturaleza humana aporta una constante a lo largo de la evolución y la disolución de las formas sociales y económicas. El tiempo y el lugar, por así decir, proporcionan el decorado del drama de la humanidad; al mismo tiempo, los seres humanos que hacen su profunda aportación al panorama de la historia encuentran su corazón continuamente revitalizado por esa tierra primordial con la que tienen íntima relación por medio de un lugar específico.

Todo esto seguramente pulsa aquí un acorde que resuena y que perciben ustedes mejor que yo, y nos llevaría muy lejos y tal vez no haga falta. Detrás de todo esto se encuentra ese ogro que es la leyenda que devora a sus hijos, ese desajuste entre verdad vivida y verdad oída, entre experiencia y mito, que disloca la verdad moral. Nos ocupamos de las disposiciones posibles de los fenómenos temporales, pero ésa es una actividad puramente mental. Y el corazón ha de aprehender la permanencia y la realidad que subyace a dichos fenómenos. La provincia del intelecto es el saber, pero la del corazón, como reiteran tantos personajes de Faulkner, es una verdad que trasciende incluso lo manifiesto.¹

«Es improbable que la prosa de Faulkner se pueda analizar satisfactoriamente, que se pueda explicar, mientras no sea previsible. La prosa de Faulkner, sospechamos, es intolerante e intolerantemente imposible de analizar, es purísima, es algo más que una zarigüeya encaramada a un árbol, con sus motas y su pureza de luz y su pureza de sombras que cae sobre nosotros, críticos y no críticos por igual.»

¹ La memoria cree antes que el conocimiento recuerde. Cree mucho más tiempo que recuerda, mucho más tiempo del que tarda el conocimiento en preguntarse.
uniformemente vestidos

«Lo más evidente ahora ha de ser que el mundo ficticio de Faulkner, con su tragedia, su belleza, su hilaridad, sus pasiones, sus generaciones de sentimientos y de saber, la totalidad de su extraordinaria obra, está viva y se halla aquí con nosotros, en esta sala. Habitamos en él y lo habitarán uno por uno y cada cual por su cuenta los lectores del futuro. Todos lo habitamos porque su obra, una visión triunfal, nos habita, nos abarca. En su persistencia, nos incluye. Y nuestros corazones ahora se acomodan literalmente al mundo, cosa que no podría haber sido hasta que no escribió Faulkner sus libros.»

—Eudora Welty